

VII Premio Joven de Relato Corto

El Corte Inglés. Año 2014

- Ganador: Esteban Enrique Aguayo Sepúlveda
“Teodora”
- Finalista: Andrés Amat López
“Volando a las otras estrellas”
- Mejor relato navarro: Andrea Santiago Díez
“Un otro día”

VII PREMIO JOVEN DE RELATO CORTO
EL CORTE INGLÉS

Edición 2014

ACTA DEL FALLO DEL JURADO DEL
VII PREMIO JOVEN DE RELATO CORTO
"EL CORTE INGLÉS"

El jurado compuesto por los siguientes miembros:

- **Doña Edurne Jabat**, socióloga y profesora universitaria.
- **Doña Leyre Medrano**, guionista
- **Don Luis Tarrafeta**, vocal de Promoción de la Juventud del Ateneo Navarro/Nafar Ateneo y escritor

Después de examinar los 168 trabajos presentados a concurso procedentes de varias Comunidades Autónomas de España y de otros tantos países, resalta la calidad de los relatos finalistas.

El jurado falla lo siguiente:

Otorgar el primer premio a:

Esteban Enrique Aguayo Sepúlveda con su obra "**Teodora**".

Otorgar el segundo premio a:

Andrés Amat López con su obra "**Volando a las otras estrellas**".

Otorgar el premio al mejor relato navarro a:

Andrea Santiago Díez con su obra "**Un otro día**".

El jurado, Ateneo Navarro/Nafar Ateneo y El Corte Inglés dan su enhorabuena a los ganadores y agradecen a todos los participantes su contribución a este certamen.

Pamplona, 13 de junio de 2014

ÍNDICE

ESTEBAN ENRIQUE AGUAYO SEPÚLVEDA

Teodora

ANDRÉS AMAT LÓPEZ

Volando a las otras estrellas

ANDREA SANTIAGO DÍEZ

Un otro día

**GANADOR VII PREMIO JOVEN DE
RELATO CORTO**

Esteban Enrique Aguayo Sepúlveda

Teodora

Esteban Aguayo Sepúlveda nació en Concepción, Chile, el 6 de octubre de 1978.

Es arqueólogo por la Universidad de Chile y máster en Ciencias de las Religiones por la Universidad Complutense de Madrid.

Actualmente vive en Madrid. Centra sus esfuerzos en algo sin duda irrelevante para el mundo: una tesis doctoral sobre la magia, en la que Antropología e Historia conviven sin ejercer violencia entre sí.

Atrapado y encantado desde niño por el misterio y el vértigo de la ficción, dice entender la literatura como su clave vital: sin estridencias, sin discursos de autoafirmación, pero también sin culpa.

Teodora

No sufrió cuando ella lo rechazó. Meses después, la modesta noticia de la boda y la cómoda inacción de sus propios días se unieron para alimentar su rencor, regar su indignación y, finalmente, movilizar su voluntad: Quinto Sempronio Bíbula, próspero entre los prósperos en el comercio de vinos de la Bética, amigo personal del procónsul, tenía que conseguir a esa mujer. La confrontación y el rapto eran opciones alejadas de su carácter; además, podían comprometer su prestigio. Mucho más grato y menos ruidoso era lograr que Teodora corriera a ponerse a sus pies, y la fórmula para lograrlo estaba al alcance de su riqueza.

No fue difícil encontrar al especialista, siguiendo una ruta de habladurías que lo llevó por las calles bajas de Corduba y lo dejó frente a un hombre de escasa estatura, casi un enano, cuya voz grave y somnolienta incorporaba palabras en griego, y quizá también en otras lenguas. Bajo sus instrucciones, Quinto Sempronio hizo grabar una placa de plomo que enterró en un cruce de caminos, no sin antes leerla mirando a la luna, menos convencido que nervioso: “Encadeno a Teodora para que deje de tener unión carnal con su esposo, para que rechace a su esposo y para que piense en mí, para que sufra con terror por no estar junto a mí, para que corra hasta mí, y para que me dé con placer todo lo que es suyo, cuando yo quiera, y por el tiempo que yo quiera”. Cuarenta días en los que nada cambió fueron suficientes para enfurecer a Quinto Sempronio, para hacerlo correr por las calles bajas, para poner en su boca amenazas terribles que lanzó en la cara del especialista; cuando éste último habló, dos minutos le bastaron para diluir la rabia del comerciante de vinos.

En realidad, lo mejor para atar a una mujer es la ayuda de los muertos, sentenció el especialista. Bajo una luna menguante, con precaución y sin testigos, ambos arrancaron de su descanso a un esqueleto no demasiado reciente. Le pusieron en la boca una nueva placa de plomo, idéntica a la

anterior, y así lo devolvieron al agujero bajo el mármol agrietado. Mucho antes de cuarenta días, Quinto Sempronio pudo constatar el fracaso: vio a Teodora en distintos lugares públicos; no recibió de ella más que miradas de indiferencia e, incluso, de lástima. Convulso, enrojecido, hizo venir al especialista a su casa: lo amenazó, le ofreció más denarios y más ánforas, gimoteó, volvió a amenazarlo, y terminó por ofrecerle los campos en donde crecían sus mejores viñas. Hay una forma, pero es peligrosa, dijo entonces el especialista: invocar la ayuda de un muerto poderoso.

Con Quinto Sempronio convertido en dócil ayudante, el especialista extenuó la revisión de sus libros más valiosos; después, hizo traer libros de otras provincias; después se dedicó a recorrer los campos aledaños a Corduba, interrogando a viejos pastores que le respondían con aspereza desdentada, mientras se guardaban con aparente indiferencia los denarios de Quinto Sempronio. Hoy estamos mucho más cerca, decía cada tarde el especialista: al oírlo, Quinto Sempronio Bíbula recuperaba el optimismo y el frescor de su indignación, como si Teodora lo hubiera rechazado minutos antes, y no varios meses atrás.

Una mañana, el especialista se presentó arreando dos mulas en casa de Quinto Sempronio, y le indicó que dejara instrucciones a sus criados y esclavos para tres días de ausencia. El comerciante de vinos no dudó. Mientras se internaban en la sierra, el especialista explicó que se dirigían a la tumba de un rey heroico, un hombre poderoso y terrible cuyo palacio mortuorio se había sumido en la destrucción mucho tiempo atrás, siglos antes de que llegaran las águilas de Roma. A Quinto Sempronio le sorprendió el entusiasmo en la voz de ese hombre impasible; por lo mismo, y aún sin saber bien qué esperar, se decepcionó cuando llegaron ante un modesto túmulo de piedras, apenas visible en medio de los matorrales.

Mientras ambos se agachaban a recoger las primeras piedras, el especialista le reveló a Quinto Sempronio que el palacio mortuorio había sido derrumbado tres veces y sus ruinas dispersadas, pero que la tumba y el rey heroico seguían ahí. Después de varias horas de esfuerzo bajo el viento de la

tarde y el frío de la noche, después de unas pocas horas de sueño incómodo al lado de las mulas, después de una mañana en que parecía imposible que tantas y tantas piedras siguieran saliendo de un túmulo tan pequeño, a Quinto Sempronio llegó a parecerle que su objetivo final se volvía difuso, casi irrelevante. Sin embargo, cuando el túmulo por fin desapareció y tuvo ante su vista la impecable lápida, una sola piedra lisa, absurdamente suave, absurdamente brillante, Quinto Sempronio Bíbula recuperó la imagen de Teodora, el rencor y la urgencia.

No les fue difícil encontrar cuatro o cinco excavaciones laterales, hechas por hombres que en el pasado se habían deslizado como ratas dentro del sepulcro. Ellos también lo hicieron. Combatiendo la oscuridad con antorchas y el hedor con resignación, el especialista y Quinto Sempronio no tardaron en constatar que varios siglos de saqueo no habían dejado casi nada ahí: apenas restos de vasijas quebradas, jirones de tela al borde de la desintegración, la hoja herrumbrada de una daga que algún ladrón olvidó llevarse. En el centro de la cripta, sobre el lecho de piedra en donde debía descansar aquel hombre poderoso y terrible, no había nada. Cansado o abatido, Quinto Sempronio no supo bien si había llegado el momento de gritarle a su acompañante, llorar en su hombro o desentenderse para siempre de él. Antes de que pudiera hacer nada, el especialista le había devuelto las certezas: debían buscar muy bien en cada rincón de la cripta. Un pedazo de mandíbula, una costilla, un fragmento de hueso cualquiera, todavía podían ser útiles para el rito; el poder de aquel rey terrible tenía que seguir vivo en cualquiera de sus restos, inmune al tiempo, a la corrupción de la materia, a las generaciones de saqueadores.

Cuando el especialista gritó, después de horas de búsqueda, Quinto Sempronio no entendió de inmediato que se trataba de un grito de triunfo. Siguió sin entender mucho mientras trataba de identificar el objeto minúsculo: era un diente. Después, como si nada de eso tuviera que ver con él, vio al especialista depositar el diente con reverencia sobre el lecho de piedra, y vio su rostro arrugarse en la murmuración de plegarias, en la recitación de palabras caóticas, en la invocación de cientos de nombres, entre los cuales Quinto Sempronio sólo reconoció los de algunos dioses del Capitolio y el Olimpo. La

contemplación distante se acabó cuando escuchó el nombre de Teodora, y después el suyo propio; entonces Quinto Sempronio se encontró con la mirada y las palabras del especialista que lo urgían a acercarse, a tomar una daga, a punzarse un dedo y regalarle un par de gotas de su sangre al diente de un rey muerto.

Quinto Sempronio tuvo su primera reacción; entendió que negarse habría sido absurdo. Como si quisiera desafiar a un tribunal imaginario dispuesto a juzgarlo por cobardía, compuesto por Teodora, el especialista y el diente del rey, tomó la daga con grandes ademanes y la aplicó enérgicamente contra su pulgar. Dos cosas le parecieron inverosímiles: no sentir dolor; ver tanta sangre saliendo de un solo dedo. Tomó el diente en la mano ensangrentada. Casi de inmediato vinieron el mareo y el impreciso dolor de espalda; después, su vista se negó a distinguir formas. Lo despertó un chorro de agua en plena cara. En algún momento había pasado del desmayo al sueño, dijo el especialista, y ya era hora de que despertara; todavía faltaba para el amanecer, y si se ponían en marcha de inmediato podrían estar en Corduba antes de las once de la mañana. Quinto Sempronio pensó en que, a esa hora, él solía estar aún durmiendo en sus habitaciones. Recordó la sangre y el diente, recordó a esa ridícula y desafiante Teodora; antes de que llegara a preguntar si el rito había funcionado, el especialista, más parco que nunca, le advirtió que sólo quedaba esperar.

No conversaron durante el viaje de regreso. Ante la puerta de su casa, salieron a su encuentro sirvientes, esclavos y amigos, todos hablando al mismo tiempo: pasaron varios minutos antes de que Quinto Sempronio asimilara la noticia de que Teodora había muerto. Desentendiéndose de las voces insistentes, preso de una sensación que oscilaba entre la congoja, el vacío y el desconcierto, se quedó un buen rato en silencio, mirando cómo el especialista se alejaba lentamente con sus dos mulas. Más tarde, Quinto Sempronio cumplió con sus obligaciones sociales: visitó a la familia de Teodora, consoló al marido y, sobre todo, sostuvo muchas conversaciones casi idénticas, lamentando el fin incomprensible de una mujer que se acostó sana y no despertó.

Esa noche, el cansancio y el sueño interrumpieron una suerte de odio mínimo que Quinto Sempronio había empezado a concebir hacia el especialista, y en cambio elevaron la nostalgia por esa mujer a la que había visto tan pocas veces. Despertó con mucho frío, y con el nombre de ella en los labios. Como si representara un drama ante sí mismo, volvió a decirlo: Teodora. Aquí estoy, respondió una voz. Como un niño, Quinto Sempronio cerró los ojos con fuerza, y se tapó los oídos: cuando volvió a ver y a oír, ella todavía estaba ahí.

Aquí estoy, decía o parecía decir ella, en medio de muchas palabras inentendibles que llegaban sin aliento al rostro de Quinto Sempronio. Lentamente, en medio de la confusión y del miedo, empezó a entender: Teodora hablaba de arrepentimiento, del más grande error, de un rechazo que jamás debió ser. Un tenue sentimiento de satisfacción empezó a abrirse paso en el interior de Quinto Sempronio, desintegrando el miedo; casi de inmediato, cuando ella habló de corregir los hechos, de ponerse a sus pies, de estrecharlo contra su pecho para siempre, el miedo volvió a él.

Logró reprimir el grito cuando ella empezó a moverse lentamente para tocarlo: sus manos se veían tan suaves, tan limpias y tan muertas, que hasta sus ojos apagados, en comparación, parecían vivos. Quinto Sempronio deseó no ver, no oír y no sentir; cuando un dolor frío se posó en su mano derecha, el grito no se hizo esperar más. Sintió el chorro de agua en plena cara. Abrió los ojos con violencia y lo primero que buscó fue su mano adolorida, acalamburada, aún empuñada. Después identificó la modesta luz de la antorcha, las paredes agobiantes de la cripta. En algún momento había pasado del desmayo al sueño, dijo el especialista, y ya era hora de que despertara; todavía faltaba para el amanecer, y si se ponían en marcha de inmediato podrían estar en Corduba antes de las once de la mañana. Quinto Sempronio anheló los días de tedio en los que, a esa hora, él solía estar aún durmiendo en sus habitaciones. No quiso pensar en la sangre, en el diente, ni mucho menos en Teodora; tampoco quiso preguntar si el rito había funcionado, aunque el especialista, más parco que nunca, le advirtió que sólo quedaba esperar.

No conversaron durante el viaje de regreso. Ante la puerta de su casa, salieron a su encuentro sirvientes, esclavos y amigos, todos hablando al mismo tiempo: pasaron varios minutos en los que Quinto Sempronio deseó fervientemente que le estuvieran hablando de cualquier otra cosa, y no de la muerte de Teodora. Desentendiéndose de las voces insistentes, preso de una sensación que oscilaba entre el agobio y la impotencia, se quedó un buen rato en silencio, mirando como el especialista se alejaba lentamente con sus dos mulas. Más tarde, Quinto Sempronio cumplió con sus obligaciones sociales: visitó a la familia de Teodora, consoló al marido y después se limitó a escuchar, en riguroso silencio, muchas conversaciones casi idénticas, que lamentaban el fin incomprensible de una mujer que se acostó sana y no despertó.

Esa noche, Quinto Sempronio deseó que algún pensamiento trivial, cualquiera, viniera a rescatar su atención; no lo logró. El cansancio y el sueño lo envolvieron. Despertó con mucho frío, y con el nombre de ella en los labios. Quizá queriendo liberarse, volvió a decirlo: Teodora. Aquí estoy, respondió una voz. Como si fuera un viejo repentinamente cansado del mundo, Quinto Sempronio cerró los ojos y se tapó los oídos con lentitud: cuando volvió a ver y a oír, ella todavía estaba ahí.

Aquí estoy, decía ella, con sus palabras sin aliento: lista para abrazarte por siempre, lista para que seamos un solo ser, hasta el fin, suponiendo que exista un fin, más allá de las miserias y a través de las miserias. Quinto Sempronio sólo escuchaba, inmóvil, como si nada de eso tuviera que ver con él. Finalmente, cuando ella empezó a moverse lentamente para tocarlo, Quinto Sempronio recuperó el miedo, la urgencia, el apego a lo que venía siendo su vida: cuando un dolor frío se posó en su mano derecha, el grito no se hizo esperar más. Sintió el chorro de agua en plena cara. Abrió los ojos con violencia y lo primero que buscó fue su mano adolorida, acalambrada, aún empuñada. Después identificó la modesta luz de la antorcha, las paredes agobiantes de la cripta. En algún momento había pasado del desmayo al sueño, dijo el especialista, y ya era hora de que despertara; todavía faltaba para el amanecer, y si se ponían en marcha de inmediato podrían estar en

Corduba antes de las once de la mañana. Quinto Sempronio recordó casi con ternura los lejanos días en que, a esa hora, el solía estar aún durmiendo en sus habitaciones. No vinieron a su mente la sangre ni el diente, y ni siquiera Teodora. El especialista, parco como siempre, le advirtió que sólo quedaba esperar: esperar qué, quiso preguntar Quinto Sempronio, pero olvidó hacerlo en voz alta.

No conversaron durante el viaje de regreso. Ante la puerta de su casa, salieron a su encuentro sirvientes, esclavos y amigos, todos hablando al mismo tiempo: durante algunos segundos, Quinto Sempronio pensó en su sangre, en el diente del rey, en Teodora y en la muerte. Después, desentendiéndose de las voces insistentes, dueño de una extraña seguridad en sí mismo, se quedó un buen rato en silencio, mirando como el especialista se alejaba lentamente con sus dos mulas. Más tarde, Quinto Sempronio se rehusó a cumplir con sus obligaciones sociales. No visitó a la familia de Teodora; nadie lo vio lamentar el fin incomprensible de una mujer que se acostó sana y no despertó.

Esa noche, el cansancio y el sueño interrumpieron los cálculos que Quinto Sempronio hacía, a mitad de camino entre la placidez y el aburrimiento, sobre venta y traslado de ánforas de vino. Despertó con mucho frío, gritando un nombre que quizá no era más que una fórmula arbitraria, como todas, para conjurar el vacío: ¡Teodora! Aquí estoy, respondió una voz. Como alguien que decide sentarse a esperar un incendio o una inundación que quizá no ocurrirá nunca, Quinto Sempronio se incorporó en el lecho con los ojos bien abiertos.

Aquí estoy, decía ella, en medio de otras palabras sin aliento, pero Quinto Sempronio casi no la oía: trataba de recordar su deseo, o en último caso su rencor o su indignación; después trató de recordar algo parecido al orgullo o la satisfacción de ser Quinto Sempronio Bíbula, próspero entre los prósperos en el comercio de vinos de la Bética, amigo personal del procónsul. Tampoco encontró nada. Finalmente, cuando ella empezó a moverse lentamente para tocarlo, supo que la única fuerza que aún lo separaba y lo hacía resistirse a su abrazo era la voluntad que mantenía su mano empuñada.

Recordó el objeto minúsculo que allí tenía; sintió que sus dedos empezaban a aflojar. No llegó a ver caer el diente del rey. Se dejó abrazar.

Como era de esperar, el chorro de agua fue inútil. En algún momento Quinto Sempronio había pasado del desmayo al sueño, y ya no fue posible traerlo de vuelta. Nada más se pudo hacer, dijo en voz alta el especialista, tratando de dejar en claro ante cualquier posible entidad incorpórea que nada de eso era culpa de él: después de todo había sido obligado, o casi, a tratar con un muerto demasiado poderoso, al que nunca habría recurrido por propia voluntad. No tuvo en ningún momento la intención de huir: acomodó a Quinto Sempronio en el lecho de piedra y salió de la cripta, decidido a volver a su casa en Corduba. Si se ponía en marcha de inmediato, podría estar en la ciudad antes de las once de la mañana.

No pensó en la posibilidad de la horca o la prisión durante el viaje de regreso. Como si lo amparase un sentimiento de seguridad venido de muy lejos, un sentimiento de seguridad quizá incoherente con la realidad, el especialista no modificó la ruta del viaje de ida: decidió pasar lentamente, con sus dos mulas, frente a la puerta de Quinto Sempronio. Desde lejos creyó divisar a un grupo de gente: sirvientes, esclavos y amigos del comerciante de vinos, acaso ansiosos por su ausencia, o apremiados por comunicarle alguna noticia lamentable. A medida que el especialista se acercaba, supo que su vista lo había engañado. Se quedó algunos minutos frente a la puerta, sin decidirse a llamar en voz alta, evaluando la idea de contarle a alguien, a cualquiera, que el cuerpo muerto de Quinto Sempronio Bíbula se encontraba dentro de una vieja tumba en la serranía. Nadie apareció: dentro de la casa había gente muy ocupada en reponerse de una sorpresa.

Horas más tarde, en las calles bajas de Corduba, el especialista escuchó en riguroso silencio muchas conversaciones casi idénticas, sobre el final incomprensible que alcanzaron juntos un hombre rico y una mujer casada en el lecho del primero. Vagamente avergonzado, como otras veces, el especialista se decidió por fin a hacer preguntas, para obtener precisiones; también como otras veces, le incomodó la realidad que había terminado por imponerse, tras la habitual pugna entre distintas versiones de lo real. Casi se sonrojó al recordar

los tiempos en que ese tipo de noticias le traía un vano orgullo; años en los que se sentía, ingenuamente, poderoso. Ahora era distinto: entendía que la verdad resultante siempre terminaba por ser tan precaria y mezquina como cualquier otra.

A medida que escuchaba más y más impresiones sobre esos amantes trágicos, que habían alcanzado la muerte abrazados, el especialista sintió el contradictorio impulso de un artista que desea estropear, o al menos afejar, su propia obra. Tuvo ganas de hablar del capricho de un hombre, fruto más o menos casual del aburrimiento; tuvo ganas de hablar de la indiferencia borrosa de una mujer que, quizá, nunca le habría podido ofrecer a ese hombre más que leves matices dentro del tedio. No supo qué decir. Después de buscar palabras en vano, se resignó a proponer apenas un detalle: dijo que los amantes no habían muerto abrazados, sino dándose la espalda; juntos, pero solos, al fin y al cabo. Por supuesto, su versión no prosperó. Algunos oyeron al especialista con cierta indiferencia disfrazada de cortesía; otros llegaron, incluso, a irritarse. Dócil, humilde, él entendió que lo mejor era no insistir. Se alejó de las calles bulliciosas con la cabeza gacha, asediado por el cansancio acumulado, diciéndose que, después de todo, el mundo siempre termina por olvidar. No podía ser de otra forma: la realidad, que ya había empezado a olvidar los contornos individuales de Quinto Sempronio Bíbula, próspero entre los prósperos en el comercio de vinos de la Bética, terminaría también por olvidar la historia de esos amantes trágicos que murieron en Corduba, abrazados o no.

**FINALISTA VII PREMIO JOVEN DE
RELATO CORTO**

Andrés Amat López

Volando a las otras estrellas

Me llamo Andrés Amat López, nací en Pamplona en 1991 y aquí he vivido toda mi vida, aunque me gustaría vivir en otro sitio alguna vez, o quizás en muchos sitios distintos. Tengo 23 años en el momento de recibir este premio. Estudié en el IES Navarro Villoslada, del que guardo muy buenos recuerdos y actualmente estoy terminando la carrera de Ingeniería Informática en la Universidad Pública de Navarra. Gran parte de mi obra literaria está en mi blog (<http://ender.blogia.com>), donde escribo desde 2006. Cultivo un estilo muy autobiográfico, pero que trata siempre de estar marcado por un corte literario con puntos de vista y reflexiones originales. El resto de mi obra está en algún otro rincón de Internet y también en mi habitación, desperdigada por cuadernos, folios y discos duros, muchos rotos e irrecuperables.

Toda mi obra literaria se la debo a mi familia, a mis padres Mar y Carlos, y a mi hermana Laura, porque me lo han dado todo sin pretender que yo les devuelva nada, y me han enseñado un mundo con claroscuros pero maravilloso, donde lo único que importa de verdad son los seres queridos y las personas. Eso es lo que me ha motivado a escribir. Mi obra también está en deuda con mis amigos, tanto con mis amigos íntimos, como con mis conocidos, como con mis viejos compañeros. He tenido la suerte de estar siempre, o más bien casi siempre, rodeado de gente interesante, buena y sencilla. Otro claro ejemplo es el de mis compañeros musicales: Gonxal, Dario y David (y antiguamente, de No). Juntos conformamos un grupo musical llamado El Potro Inestable. Nuestra música y mi literatura están muy unidas y no podría concebir la una sin la otra.

Esta es la segunda vez que me presento a un concurso literario y la primera que tengo éxito. No he trabajado mucho con la ficción puramente dicha, pero he escrito algún cuento. Si continúo cultivándola, me inclinaría por la aventura y la fantasía, y trataría de contar con las ilustraciones de algún amigo. Siempre he pensado que aunar diferentes tipos de arte, con gusto y cariño, puede dar muy buenos resultados. También me gustaría, en el futuro, usar la tecnología para producir esta fusión. No hay mucho más que contar. Soy un gran amante del cine, la literatura, la música, los videojuegos, los bares y en general de esta ciudad, Pamplona, aunque mi relación con ella a veces es de amor-odio, pues aquí me he tenido que enfrentar también al fracaso y a la frustración.

Volando a las otras estrellas

La Gran Nova es un vehículo espacial. Está situado a mucho, muchísimo tiempo de distancia con respecto al ahora, si tomamos el presente como el momento en el que leemos estas líneas. La Gran Nova está surcando el cosmos a velocidades muy superiores a la de la luz, o ya lo habrá surcado, según la concepción que tengamos del paso del tiempo y dónde nos situemos en el mismo. Podemos entrar dentro si queremos, lo haremos gracias a esa relevancia que nos da nuestra imaginación y a la autoridad ética que tengo yo por haber sido su anterior dueño. Prácticamente su padre. El que la ideó casi tal y como es ahora. Perdón. Casi tal y como es en el momento de surcar el cosmos al que me refiero. El que le instaló ese fuselaje de titanio, esos estabilizadores gravitacionales y esos retropropulsores que tanto facilitan el aterrizaje. El que la bautizó.

La Gran Nova no es tan grande como su nombre indica. Podemos visualizarlo fácilmente. Por fuera sí lo parece, es por el bulto que hacen la maquinaria y los diferentes trastos de navegación. En cambio, el espacio útil de dentro es reducido e incómodo. Para recorrer la cabina, uno se ve obligado frecuentemente a agacharse e ir de lado, esquivando así cables y barras de metal. Su habitante, ese ladrón obstinado y sanguinario, se encuentra en el habitáculo de higiene en el momento de nuestra llegada. Yo, cuando era el dueño y piloto de La Gran Nova, solía llamar a ese cuartucho, ducha. Pero Héctor no maneja esa clase de ironía, más aún, estoy casi seguro de que ni siquiera usa palabras para referirse a los diferentes compartimentos de cabina. Iba a hablaros de lo sucio y repugnante que es Héctor, pero da la casualidad de que justo hemos llegado en el único momento de su viaje en el que ha decidido volatilizar sus secreciones cutáneas. Y creedme, los viajes interestelares duran mucho. Mucho como para pasar una única vez por el habitáculo de higiene.

La Gran Nova huele muy mal por dentro. Esto no hace falta imaginarlo, hagamos un acto de fe. Huele a rayos, a tabaco, a sudor seco, a comida en

mal estado. A azufre. ¡No es culpa mía! Cuando yo la conducía siempre olía a pino fresco y a lavavajillas. Junto al diván de cabina, al lado de las botellas vacías de whisky, podemos encontrar mi vieja colección de discos de Bob Dylan. El muy cenizo la ha encontrado en un compartimento secreto situado en el techo, justo encima de los mandos y aunque parezca increíble, la ha estado escuchando. Si quisiera, o mejor dicho, si se le ocurriera venderla, podría comprarse dos naves como La Gran Nova. Por suerte, deduzco que no se le ha ocurrido todavía y eso que Héctor no es del todo tonto. Simplemente es primario tanto en sus emociones como en sus pensamientos. Es práctico con las ideas sencillas que maneja y rara vez se esfuerza por desentrañar aquellos conceptos que no entiende. Parece ser que no ha caído en la cuenta de lo valiosos que son esos discos en el mercado. Otra opción es que los guarde por respeto a mí, pero creedme, es improbable. Aunque ahora que lo pienso, también era improbable encontrar a Héctor, nuestro cazarrecompensas galáctico, dándose una ducha. Quizás estemos presenciando una extraña coincidencia, aquí, en mitad del éter, como quien dice. A medio camino entre La Vía Láctea y Andrómeda. Yo, en realidad, podría resolver este enigma si quisiera, pero correría el riesgo de perderme en la maraña de sucesos interesantes que componen esta realidad y además, no estaría nada bien para vosotros, pues soy vuestro anfitrión y es mi responsabilidad presentaros de forma agradable lo que sucede en La Gran Nova mientras surca el cosmos.

Hay un gran bulto debajo del diván, un gran paquete negro. Está forrado en mantas y sellado con una gran cuerda que lo recorre. Héctor acaba de salir de la ducha y lo mira impasible. Tiene la cara algo roja, como hinchada en torno a los ojos. Me pregunto si habrá algo que le ha provocado una reacción alérgica, aunque si miro un poco hacia el pasado próximo de estos acontecimientos puedo ver la respuesta fácilmente. ¡Pero he de contenerme! Vosotros no tenéis esa capacidad sin mí y yo no estoy solo en esta visita.

Si Héctor nos viera aquí nos mataría con sus propias manos y nos tiraría por la borda. Pero por suerte, no estamos aquí de la misma manera en que lo está él, y es imposible que nos perciba. Digo que nos mataría con sus propias manos y no exagero nada. Podría estrangularnos con sus dedos, que son gordos y fuertes como embutidos, hasta que nuestros cuellos tuvieran el espesor de una hebra de seda. También podría golpearnos con sus puños,

porque aparte de sus nudillos, que son duros como rocas, sus músculos parecen bolsas de aire a presión. Entonces, si nos golpeara, haría de nosotros una especie de puré de carne, huesos y sangre. Yo le he visto hacerlo, le veré hacerlo o quizás le esté viendo hacerlo en estos momentos. Vaya, ya me estoy liando otra vez.

Tendréis que perdonarme pero como cuerpo intangible soy novato y aún me cuesta mucho hablar de cualquier hecho que esté fuera de nuestra escena, fuera de La Gran Nova surcando el cosmos, fuera del Héctor sanguinario, desnudo, recién salido del habitáculo de higiene y mirando el paquete negro bajo el diván. Aún así haré un esfuerzo, pues no entenderíais nada de lo que está a punto de pasar si no os introduzco antes en otros aspectos. Congelemos al mastodonte musculado que tenemos delante, hagamos que el tiempo deje de transcurrir, que para algo tengo ese poder, y observemos las imágenes que cobran vida en el pensamiento de nuestro protagonista. Justo antes de paralizarlo se estaba produciendo una actividad neuronal muy elevada para ser él, os lo aseguro. El pobre estaba a punto de echar humo por las orejas.

Bueno, entonces dejemos que las imágenes aparezcan en la lisa cabeza rapada de Héctor, usemos la piel pálida y estirada de su cabezota como pantalla de cine.

Caronte, el gigante planeta desértico. ¡Cuántas aventuras ocurrieron, han ocurrido y ocurrirán entre sus dunas! ¡Cómo echo de menos las noches chamánicas con la tribu de los Hum! ¡Cómo echo de menos el tabaco epifánico a la luz de las estrellas, las excavaciones y la caza de bestias polimórficas! Creo que cuando os deje ir, me daré una vuelta por aquellos momentos. Atentos, atentos, ahora salgo yo. Bueno, no soy yo, yo jamás podría estar en la calva de un descerebrado como Héctor, pero me vale como representación de mí mismo. Ahí me tenéis, pálido, escuálido, aferrándome a los mandos de esa moto de arena, dando bandazos a diestro y siniestro. Os pido disculpas. Estas imágenes han sido recogidas y almacenadas por Héctor y como podéis ver, él no se ha preocupado de grabar la increíble gama de colores que toma el cielo en la puesta de sol, ni cómo se refleja la luz sobre las dunas. Tampoco guarda la imagen de mi yo moribundo sobre la moto como algo realmente épico, os puedo asegurar que lo es. Aquí parece más bien un registro deportivo, una grabación meramente informativa.

Ahora podemos ver cómo la moto se aproxima hacia nosotros, aunque en realidad es Héctor el que se aproxima hacia la moto, recordemos que estamos viendo un registro imperfecto de lo que una vez vieron sus ojos. Héctor salta hasta la moto de arena, situándose en el asiento trasero y agarra los mandos. Yo ya estoy en las últimas. Ahora me veis el cogote, pero si me vierais de frente, os aseguro que guardo una débil sonrisilla. Cómo no hacerlo al pilotar una moto de arena mientras soy perseguido por un grupo paramilitar que sólo quiere darme matarile y, para colmo, con uno de los asesinos más peligrosos del universo en el asiento de atrás. ¿Se os ocurre una aventura más plena? Ah, sí, la hemorragia. Ahora vemos como Héctor baja la mirada y ve mis piernas empapadas en sangre. Pobrecillo, odia perder. Le han encargado llevarme a Andrómeda a cambio de una recompensa económica que disminuye notablemente en caso de que yo llegue fiambre. Por primera vez está temiendo que se le escape el premio gordo.

Qué situación más extraña, ¿no es cierto? Viendo imágenes extraídas de la memoria próxima de una persona, proyectadas en su propio cráneo y con el tiempo congelado en mitad de la nada. Sí, acabo de llamarlo persona, quizás porque me ha gustado verlo saltando a mi rescate, aunque para él haya sido un gesto meramente profesional y exento de sentimentalismo. En fin, podríamos quedarnos viendo la persecución durante horas y sería muy estimulante. Las balas silvando, impactando en la arena. Héctor esquivando dunas como un maestro. De vez en cuando una explosión, ¡pum! Alguno de los perseguidores pierde el control de su vehículo y se estrella. Pero no estamos aquí para ver esas imágenes repletas de acción, o por lo menos, no es lo que más me interesa que veáis. Puedo hacer que las imágenes se proyecten a mucha más velocidad y lo hago. Vemos fotogramas rápidos, inconexos y borrosos. Y de repente hago que la transmisión retome el ritmo original.

Héctor está dentro de La Gran Nova. Ambos. Por una parte tenemos al Héctor que surca el cosmos rodeado de botellas vacías, con el tiempo congelado, y por una vez en su vida, limpio. Y por otra tenemos al Héctor cuyos registros visuales aparecen en el cuero cabelludo del primero. Este Héctor también está en La Gran Nova y todavía no se ha duchado. Está de rodillas y frente a él, estoy yo. Lo que yo una vez fui y seré. Un cuerpo casi inerte, sonriente, empapado en sangre. Héctor me mira, y nosotros a través de sus

recuerdos, y tanto él como nosotros sabemos que voy a palmarla. La Gran Nova acaba de despegar y Caronte es un punto que se va haciendo más pequeño a través de los ventanales de popa. Héctor coge un táser letal de la caja de herramientas. Mi táser letal, aunque os confieso que nunca lo he usado. Me lo conecta a la sien izquierda, me mira a los ojos y dice: adiós. Después aprieta el botón y una descarga de miles y miles de voltios recorre todo mi cuerpo, quitándome la vida al instante. El tío es tosco hasta para eso, ¿os dais cuenta? Hasta para dar piedad es bruto, seco y obstinado. Tengo un montón de amigos por ahí que me habrían dedicado las palabras más bellas antes de darme eutanasia. Pero Héctor no entiende de esas cosas, no sabe lo que es la poesía, el amor, el recrearse en los momentos importantes.

En fin, ya estoy cansado de su nuca y de sus recuerdos sin matices. Apagamos la película, miramos a nuestro alrededor, seguimos en La Gran Nova, el mejor vehículo modificado para viajes interestelares. Sigue oliendo muy mal, pero os recuerdo que eso no es necesario recrearlo, sólo es un dato. En el periodo de tiempo que transcurre entre las imágenes que hemos visto y el momento en el que nos encontramos, no ha ocurrido gran cosa. Héctor ha envuelto mi cadáver en mantas negras, lo ha sujetado con una cuerda y lo ha dejado debajo del diván. Después se ha pimplado todas las botellas de whisky de mi reserva personal. El muy desgraciado pensaba que podía hacer el viaje entre las dos galaxias sin encontrarse a sí mismo, pero con las prisas de la partida, no pudo comprobar que la reserva de alcohol fuera suficientemente grande. Gran error. Ahora el pobre está sobrio y aunque parezca imposible, está empezando a sentir admiración por mí. Pero también parecía imposible que nosotros estuviéramos aquí, y en cambio aquí estamos. También parecía imposible dar esquinazo a esos pistoleros y en cambio, Héctor y yo lo hicimos.

La admiración que siente el mercenario no tiene nada que ver con la admiración que nosotros podemos llegar a sentir por alguien. Él piensa en simples códigos morales, pues a eso se ha visto reducida su ética personal. Piensa en cosas tan simples como en no reírse de un muerto, en disparar por la espalda lo menos posible y en dejar que todo el mundo tenga, y ya es bastante, una oportunidad en su vida. Y de alguna forma, recuerda que yo, en vida, seguí algunas directrices parecidas, aunque fuera sin darme cuenta. Pero eso tampoco le importa. Lo que le causa admiración es algo tan simple como el

hecho de que yo también tuviera mis códigos personales. Héctor está conociendo, por primera vez en su vida, la empatía.

Sí, aunque sigue inmóvil, lo hace porque quiere, puesto que ya hemos descongelado el tiempo hace un rato y los segundos transcurren con normalidad. Con toda la normalidad con la que pueden hacerlo, teniendo en cuenta que estamos viajando a una velocidad muy superior a la de la luz. Su cerebro sigue echando humo. Está empezando a construir sentimientos más complejos con los que nunca antes se había enfrentado. Me atrevería a decir que ha pasado de la simple empatía a algo muy parecido a la amistad, y sólo ha necesitado unas horas de sobriedad y un cadáver en descomposición.

Hay ropa tirada por el suelo, toda sucia, maloliente y llena de arena. Agarra unos pantalones, una cazadora protectora y se viste. Aunque las defensas de su organismo son óptimas, tampoco tiene sentido pasar frío porque sí. El interior de La Gran Nova es habitable, pero para ahorrar energía, ni la temperatura, ni los niveles de gravedad son los más cómodos. Por última vez, Héctor rebusca en la despensa. Nada, ni una botella, ni una dosis de droga de diseño. Nada va a ayudarlo a huir de sí mismo. Ahora se dirige a los mandos, teclea algunos comandos, aprieta algunos botones y La Gran Nova ya no está viajando a velocidades muy superiores a la de la luz. Está prácticamente estática en medio del espacio, de la nada, del éter, y ni nosotros ni él hemos notado el más mínimo tirón. Ya os decía que es un vehículo excelente para viajar por ahí.

Ahora Héctor se dirige al montón de materia orgánica podrida que alguna vez fui yo. Desenvuelve el paquete y eh, esta vez podéis verme en vivo y en directo. Bueno, no recuerdo esas ojeras verdes ni esa carne putrefacta. Siempre he sido flaco y escuálido, pero nunca tanto. El tío levanta el cadáver con sus enormes brazos y lo tira con un ápice de desdén a la compuerta de residuos. Sí, en breves momentos me arrojará al vacío y será algo muy especial e insólito. Cualquiera de nosotros se habría deshecho de un cadáver podrido hace tiempo, pero si estuviéramos en la misma misión que Héctor, nos lo pensaríamos dos veces. Cierto es que él ha fracasado en el objetivo principal de llevarme vivo, mas no debemos olvidar que mi cadáver sigue teniendo cierto valor para esos tipos que esperan al otro lado del universo.

Todo esto ya da igual. Héctor baja una palanca, unas compuertas exteriores se abren y mi cuerpo ya está flotando por el infinito. Los ojos del mercenario se humedecen. Me reiría a carcajadas de no ser porque me siento bastante unido a este imbécil musculado, y porque no debemos olvidar que estamos observando a una persona en su intimidad. Esta vez decide no entrar al habitáculo volatilizador de secreciones, con una ducha ya tiene suficiente hasta el final de su vida, y de todas formas, no hay nadie más aquí para verle llorar. Mira un momento por los ventanales de popa, pero estamos tan lejos de cualquier estrella que es imposible ver nada ahí fuera. Se dirige a los mandos, vuelve a teclear y a pulsar botones y La Gran Nova ya está viajando cual centella, con la diferencia de que nosotros ya no estamos dentro. Quizás nunca lo hayamos estado.

Me encantaría describiros cómo se ha fugado el vehículo pero lo ha hecho tan rápido que no hay nada que describir. Se ha convertido en un haz de luz y ha vuelto sobre sus pasos, de nuevo en dirección a La Vía Láctea. Y aunque esté lejos, una vez más, nos serviremos de nuestra imaginación para recrear esa visión tan poderosa, la de ese armatoste maravilloso viajando por el universo, llevando en sus tripas a un viajero excepcional. Un viajero preso de sí mismo pero que goza también de la más absoluta libertad, pues tiene el universo entero a su disposición.

Y así es como acabamos de presenciar el funeral más sincero que nadie jamás podría haberme dado, lo cual significa que ya podemos ascender a Héctor de la categoría de ladrón a la de legítimo heredero. Yo, por mi parte, ya me estoy desvaneciendo. Tanto a mí como a él nos aguardan las arenas calientes de Caronte, las persecuciones, las tascas amargas de las estaciones espaciales y un sinfín de aventuras construidas con la misma materia prima con la que fabricamos los sueños. Aunque todo eso ocurrirá, ocurre y ha ocurrido a una distancia temporal muy grande con respecto al ahora, al momento en que vuestros ojos leen estas palabras.

**MEJOR RELATO NAVARRO VII PREMIO JOVEN DE
RELATO CORTO**

Andrea Santiago Díez

Un otro día

Nací en Pamplona en 1993 y pasé parte de mi niñez en Tudela. A los doce años empecé a estudiar en Miravalles y actualmente curso Comunicación Audiovisual en la Universidad de Navarra.

Tuve gran suerte con mis profesoras de Lengua y Literatura en el colegio, que leyeron mis escritos y me orientaron durante toda la ESO y Bachiller. En 2012 hice un curso de Escritura Creativa en la Escuela de Escritores de Madrid, con el que asenté las bases del relato corto y disfruté enormemente. Pero cuando de verdad le cogí el gusto al cuento fue en la universidad, con mi profesor y buen amigo Antonio Martínez, en las asignaturas de Fundamentos de Narración y Storytelling, y con Josean Pérez Aguirre. Han sido ellos quienes me han animado a presentarme a concursos este año. En abril gané el primer premio ex aequo en el Concurso de Relato Corto de la Universidad de Navarra. Les estoy muy agradecida por haberme enseñado tanto y por apoyarme.

El año que viene, cuando termine la carrera, me gustaría hacer un Máster en Escritura Creativa.

Siempre he buscado historias. De todas las formas y tamaños. Estoy convencida de que hay historias que salvan vidas.

Un otro día

Tengo unos zapatos casi nuevos.

Son casi porque ya los había usado el Avelino, el de la casa de enfrente, pero se tuvo que ir al otro lado del mar en un barco porque allí su papá iba a conseguir dineros y aquí no. Estuvieron repartiendo algunas cosas que no podían llevarse y a nosotros nos dieron una cacerola para hervir leche, que aunque me encanta nunca tenemos, y unos zapatos.

Casi nuevos.

Nunca había tenido zapatos casi nuevos.

Mi mamá me enseñó a atarme los cordones. Me costó porque acabé sudando y cuando sudas es que estás haciendo algo difícil.

Mi amiga Carola, que tiene seis años, me preguntó si los zapatos corrían muy rápido y yo le dije que sí, porque eran casi nuevos. Después salimos a la calle y estuvimos corriendo hasta que llegamos a cuando se acaba el pueblo y empiezan las vacas y los árboles que tienen manzanas, y yo llegué primero, no porque soy chico sino porque mis zapatos eran casi nuevos y Carola no tenía.

Es que ella no tenía un vecino como el Avelino, de esos que regalan cosas cuando se van a buscar dineros.

Nos pasamos mirándolos durante mucho rato y le enseñé cómo se ataban los cordones, y comimos unas manzanas que se habían caído de los árboles.

Carola se probó los zapatos, que le quedaban bien, y corrió un poco entre las vacas, y entonces los señaló y me dijo:

- Sí que corren rápido.

Y también dijo:

- Con los dineros por trabajar que le van a a mi papá el último día del mes, que es hoy, mi madre me va a comprar unos zapatos, si son nuevos enteros igual corren más que los tuyos.

Después volvimos a nuestras casas, mi madre hizo unas patatas en la cacerola de hervir la leche, que aunque me encanta, nunca tenemos, y me fui a dormir.

Hoy es el día siguiente al último día del mes.

Voy a buscar a Carola. Me dice que su papá perdió ayer los dineros de trabajar y que no va a tener zapatos.

Yo le pregunto dónde los ha perdido, pero ella no lo sabe.

Y está muy triste, porque ha esperado muchos últimos días del mes para tener zapatos, y además debería tenerlos porque yo le he enseñado a atarse los cordones y todo.

Nos sentamos donde los árboles y las vacas y empezamos a comer manzanas que están casi buenas, porque cuando no estás contento las cosas buenas te saben peor.

Yo también estoy muy triste porque Carola no puede correr tantísimo. Y me pregunta:

- ¿Dónde van las cosas que pierden los papás?

Pero yo no lo sé.

Así que cuando llego a casa a la hora de comer, le pregunto a mi madre, que está haciendo una col en la cacerola para hervir leche, que me encanta pero nunca tenemos.

- Mamá, ¿dónde pierden los papás los dineros el último día del mes?

Y ella se ríe un poco y me dice:

- Pues en la taberna, dónde si no.

Por la tarde, me ato los cordones de los zapatos y voy a buscar a Carola, pero su mamá, aunque no está en casa, le ha dicho que no salga porque se ha puesto a llover y no tiene zapatos, y dice que se pondrá malita, que cogerá frío, que pillaré las fiebres, que espere hasta que haga bueno, que el próximo día del mes su papá no perderá los dineros y tendrá zapatos nuevos.

O casi nuevos, como yo.

Le digo:

- Pero Carola, tienes que venir, yo sé dónde ha perdido tu papá los dineros.

Y Carola dice que no, no quiere salir, porque su hermanita pequeña se mojó, se puso mala, cogió frío y pilló las fiebres un día que también fue el último de un mes y la tuvieron que enterrar, pobrecita.

Desde entonces su papá siempre pierde los dineros.

Entonces ya sé, me quito los zapatos y le digo a Carola que se los ponga, que total es un ratito, que vamos corriendo y volvemos antes de que llegue su mamá, que tenemos que encontrar los dineros, y Carola se los pone y vamos hacia la taberna, que está cerca de donde termina la ciudad y empiezan las vacas y los árboles llenos de manzanas.

La taberna es el sitio donde vas cuando haces cosas difíciles, porque huele a sudor y están todos los hombres de trabajar. Suena una campanita y nos acercamos a la barra.

El señor de detrás de la barra me dice:

- Tú qué quieres.

Otros hombres de trabajar, que están rojos de hacer cosas difíciles, se me quedan mirando.

Yo le digo:

- Estamos buscando los dineros del papá de Carola, que los ha perdido aquí y le tiene que comprar unos zapatos nuevos, o casi, para que corra.

El señor tabernero se asoma y le mira a Carola por debajo de la barra.

Le pregunto:

- ¿No los habrás visto?

El señor me mira unos momentos y se empieza a reír muy fuerte; muchos hombres de trabajar nos miran y también se ríen, y el señor me da con el trapo en la cabeza y me dice:

- Anda, fuera de aquí, que me estáis mojando todo.

Nos sentamos donde los árboles, donde las vacas. Tengo los pies rojos y calados y me duelen.

Carola está muy triste así que no le pido mis zapatos, nos comemos unas manzanas que no están buenas.

Volvemos a casa. Le digo a Carola que ella tendrá zapatos un otro día, seguramente el próximo último día del mes, que no se preocupe, que mañana vendré a jugar con ella si llueve como hoy.

Llego a casa tiritando, y mi madre me regaña:

- Pero qué desastre, a saber qué has hecho y por dónde has estado, como te pongas malo, hayas pillado el frío y cojas las fiebres me voy a enfadar, hala, siéntate, que tu tío acaba de pasar por casa viniendo de la taberna y nos ha comprado un poco de leche.

Y me trae leche caliente, que me encanta pero nunca tenemos, en la cacerola que nos dio la mamá del Avelino, el de la casa de enfrente, el que me dio los zapatos casi nuevos, que se tuvo que ir al otro lado del mar en un barco porque allí su papá iba a conseguir dineros y aquí no.

Queremos agradecer a todas las personas que han participado en este certamen y que han hecho posible que esta séptima edición haya resultado un éxito.

La calidad de las obras y un buen nivel de participación son los factores fundamentales que están consiguiendo que este concurso se consolide y se haya convertido en una cita indiscutible en el calendario literario de los jóvenes talentos de nuestro país.

Este libro está dedicado a todos los amantes de la lectura esperando que estos relatos sean de su agrado.

VII PREMIO JOVEN DE RELATO CORTO EL CORTE INGLÉS

"LO BELLO VALE TANTO COMO LO ÚTIL, TAL VEZ MÁS"

Víctor Hugo
Los Miserables